

*El País que Queremos***La Democracia Como Proyecto**

POR LORENZO MEYER

**H**OY, el tema de la democracia está en el centro del debate político. La oposición de izquierda y de derecha se definen como la única opción frente a la antidemocracia gubernamental. El poder responde en los mismos términos. Desgraciadamente, y por lo que a pecados en contra de la democracia se refiere, en México nadie puede tirar la primera piedra. Nadie está libre de culpa.

El 20 de noviembre resulta una fecha obligada para reflexionar en torno al tema de la democracia. Hace 75 años que el Porfiriato —el primer proyecto nacional verdaderamente exitoso desde la Independencia— se empezó a desmoronar bajo el golpe de quienes le exigieron, por la fuerza, el cumplimiento de la promesa democrática.

No creo equivocarme si digo que hoy estamos viviendo, una vez más, el fin de otro proyecto nacional que tuvo éxito material pero que tampoco cumplió con los principios democráticos en que dijo fundarse. Este proyecto se inició hace casi 40 años, bajo la presidencia de Miguel Alemán o quizá antes, con Avila Camacho. En todo caso, fue el resultado de un acuerdo implícito entre los líderes de las organizaciones de masas oficiales, los empresarios, la Iglesia y la potencia hegemónica en esta parte del mundo: Estados Unidos. El corazón del proyecto era la industrialización —desordenada, ineficiente pero rentable para los pocos— y la estabilidad política. Una condición necesaria para su éxito era la exclusión de la democracia.

★

**E**L fracaso del proyecto, a raíz de la crisis económica, ha destruido la unidad de la élite del poder, de "los que mandan". La clase política muestra ahora una división interna apenas contenida por el peso de su tradición de disciplina. El conflicto entre el sector privado y el gobierno es abierto. La clase media critica sin temor a las cúpulas dirigentes. Y como si esto fuera poco, la actitud del gobierno estadounidense se ha tornado impaciente e incluso hostil a las muestras de independencia de México en materia internacional.

Por razones que no es el caso explicar, resulta que todos los inconformes, sean tirios o troyanos, han coincidido en atacar la legitimidad del gobierno —e incluso del régimen— acusándolo de algo que era obvio desde hace mucho tiempo: de ser un obstáculo

para la democracia. En efecto, hasta no hace mucho, a pocos les importaba que las elecciones sirvieran para todo menos para elegir a nuestros gobernantes. Esto se perdonaba a cambio de que la economía creciera 6% anual, se respetaran los derechos del capital, se diera un lugar a los pequeños partidos de izquierda por la vía de la "reforma política", se mantuviera la estabilidad cambiaria y no se interfiriera con lo que Estados Unidos consideraba sus intereses sustantivos en Centroamérica y el Caribe.

Ahora que se está desmoronando el viejo pacto en que se basó el proyecto nacional que nos dio el "desarrollo estabilizador" y el "milagro mexicano", resurge el tema de la democracia. Quiénes quieren tomar distancia de lo que está caduco y buscan proponer desde la izquierda, la derecha y el centro un nuevo modo de ser y hacer para México, lo hacen en nombre de algo que, en teoría, es aceptado como legítimo por todos aunque nadie lo conozca: la democracia.

★

**L**A verdad es que en México casi nadie tiene una historia democrática auténtica. Para empezar, el partido en el poder y sus estructuras corporativas (CTM, CNC, CNOP) pueden ser muchas cosas, menos modelo de democracia. Tampoco lo son los partidos de la izquierda. A los empresarios sólo les interesó la democracia cuando Echeverría y López Portillo los expropiaron. La clase media es muy heterogénea, y sólo los efectos pauperizantes de la crisis económica han despertado la conciencia democrática de un buen número de clasemedios que hasta no hace mucho estaban muy conformes con los moldes autoritarios que les habían permitido movilidad social. Finalmente, Estados Unidos descubrió que México no era democrático únicamente cuando la política de nuestro país le molestó por su apoyo a Nicaragua.

En resumen, el discurso democrático domina hoy la problemática política más por razones de oportunidad que de vocación. Pero a fin de cuentas esto no importa, el hecho relevante es que cuando el nuevo proyecto se materialice —dentro de uno o dos sexenios— la posibilidad de que éste sí sea democrático es mayor. Quizá para el siglo XXI la demanda de Madero "sufragio efectivo" deje de ser utopía. Más vale tarde que nunca.